

de la voluntad de los hombres, sino de la naturaleza misma de las cosas, iba á producir su efecto. Nosotros dejamos aquí intacta la cuestion legal, y nos colocamos en el punto de vista político, que es el punto de vista de la historia. Cuando estas cuestiones hayan cesado de ser irritantes como intereses, y habrán quedado frias como recuerdos, cuando las generaciones actuales hayan desaparecido con sus pasiones, y las circunstancias presentes con sus exigencias, la historia dirá acaso, que en el momento en que iba á jugarse la suerte de la guerra, el partido parlamentario embrolló el juego mezclándose en él.



LIBRO QUINTO.

Llegada de María Carolina al Oeste.—Diferencia del viaje de 1828 y 1832.—Habita un solo día en un castillo.—Recibe á los gefes vendeanos.—Parte para introducirse en el país.—Paso del Maine, cerca de Remouillé.—Anecdota.—Pesquisas de la policía.—María Carolina cambia de asilo.—Madama pasa la noche en un establo.—Sus peligros.—Su valor.—Nueva correría al través de las lagunas.—Nuevos peligros.—Bella espresion de un vendeano.—Columnas movibles.—Vigilancia.—Una provincia guarda un secreto.—Madama en la comuna de Legé.—Recibe á muchos personajes políticos.—M. Berryer en Vendé.—Pormenores.—Su entrevista con Madama.—Trata de decidirla á dejar la Francia.—Madama despues de una conferencia de tres horas, persiste en su resolución.—Motivos que alega para esta perseverancia.—Sus palabras.—Carta de Madama á un gefe vendeano.—Respuesta del gefe.—Nueva carta de María Carolina.—Hace un viaje peligroso para aproximarse al lugar en que debe estallar el principal movimiento.—Un jóven aldeano conduce á la princesa.—El movimiento se fija irrevocablemente á la noche del 3 al 4 de junio.

Vamos á referir una existencia de fatigas y de catástrofes, una vida jugada al acaso; los bosques y matorrales surcados por columnas movibles, y hechos los únicos retiros de la princesa, su Louvre, sus Tullerías; una intrepidez de cada día, de cada hora, de cada momento: una presencia de ánimo jamás desmentida; un valor que arrostra la muerte bajo todos sus aspectos: en fin, esa maravillosa Iliada que vive en el corazon de la Vendé, y que las madres refieren en voz baja á sus hijuelos para que apren-

dan á amar y admirar el destierro de Carolina de Borbon.

Era á mediados del mes de mayo, que es tan hermoso y risueño en aquel país de bosquecillos y verdura. Madama dejó el castillo en donde habia recibido una obsequiosa hospitalidad, y tomó el camino de la Vendeé, queriendo presentarse en el Oeste al mismo tiempo que el peligro. Viajaba siempre con caballos de posta, y así atravesó sucesivamente á Niort, Fontenay, Luzon, Bourbon y Montaigu. Cuatro años antes habia recorrido la misma comarca en medio de las aclamaciones de los pueblos agolpados á su tránsito, y cada jornada de su viage habia sido señalada con una fiesta. Hoy solo la acompañaban dos amigos decididos; no venia ya á buscar fiestas, sino los azares de la guerra.

Detúvose en un castillo poco distante de Nantes, en tanto que el postillon conducia á dicha ciudad al propietario de aquella morada, y su esposa, que habian tomado en el carruaje el lugar de Madama y de uno de sus compañeros. Allí tuvo una entrevista con muchos gefes vendeanos que la esperaban, y la misma noche hizo el aprendizaje de la vida laboriosa y espuesta á todos los riesgos de los campos, que iba á disfrutar en adelante.

Para no llamar la atención de la policía, que estaba en aquel momento en la mayor actividad, era necesario no reunir demasiado número de personas en el castillo en que se encontraba Madama. Era además indispensable que María Carolina se introdujese en el país á fin de poder tomar parte en los acontecimientos. Así pues, la misma noche se puso en camino, á pié, escoltada por algunos gefes vendeanos y muchos paisanos. Era preciso dar un largo rodeo, ó atravesar el Maine, que corre cerca de Remouillé:

el paso era bastante peligroso, porque algunos montones de piedras desmoronadas presentaban el único medio de pasar de una orilla á otra. Se advirtió de ello á la princesa, pero María Carolina teniendo más corazón que fuerzas, estaba siempre dispuesta á economizar una fatiga arrojando un peligro.

La noche era en extremo oscura, y cuando llegaron á la orilla del Maine, apenas podian distinguirse las piedras en que habian de apoyarse los pies. Un paisano que estaba habituado á este paso, precedia á la duquesa y la conducia de la mano. Cuando llegaron al medio del puente la piedra del centro se desmoronó bajo los pies de la princesa y de su guia, y ambos cayeron en el rio. Habia cinco pies de agua en aquel parage, y Madama desapareció absolutamente. Uno de los gefes vendeanos que la acompañaban, se arrojó á socorrerla, y la sacó del peligro. Pero fué necesario volver al castillo á tomar otras ropas: una hora despues, María Carolina estaba á caballo, detrás de un paisano, y se dirigia al lugar en donde se la esperaba, por caminos horribos, sin que se pudiese conocer que conservaba el recuerdo del peligro á que acababa de verse espuesta.

Apenas hacia dos dias que estaba en este asilo, cuando fué necesario dejarle para refugiarse en un nuevo retiro. Las pesquisas de la policía esparcian la alarma, y unos paisanos vinieron apresuradamente á anunciar que se habia visto un destacamento de gendarmes dirigirse hacia la casa en que se hallaba Madama. María Carolina partió al momento, y se la condujo á una alquería en donde pasó la noche en un establo que compartió con los bueyes y los labradores. En aquellas críticas horas mostró la alegría propia de los grandes caracteres que encuentran un estimulante en el peligro. Respondia con ironías á las ironías

que la presentaba la fortuna, y decia sonriéndose, que luego que pudiese se haria pintar como regenta de Francia, durante aquella estraña noche que pasó en un establo en medio de los bueyes.

Al dia siguiente era necesario volverse á poner en marcha luego que fuese de noche. Hacia un tiempo horroroso, un huracán mezclado de lluvia se habia levantado, y estaban los caminos intransitables, sobre lo dificiles que son en todas ocasiones en aquellas comarcas, por la mucha agua que habia caído. De trecho en trecho habia que atravesar lagunas, tan profundas algunas, que era necesario sondearlas á cada paso con unas perchas muy largas, para evitar el ser sepultados en aquellos abismos cenagosos. En el momento de una de estas azarosas travesías, un vendeano que conducia á la duquesa de Berry, sintiendo que se hundia en una de aquellas simas en que estaba cerca de desaparecer, la dirigió con la mayor serenidad estas palabras, que no ofrecerian acaso la historia de Roma ni la de Esparta: «Si me hundo absolutamente, tendreis cuidado de inclinaros á la derecha ó á la izquierda: el paso peligroso no es por lo regular muy ancho.»

María Carolina llegó muy fatigada, tanto que sus amigos se pusieron en cuidado por su salud. La áspera vida de una guerra de partidos que fatiga tan pronto á los hombres, debia ejercer su accion sobre una princesa criada con todas las delicadezas de la corte. Pero ella soportó sus trabajos y sus padecimientos con su ordinaria firmeza de espíritu. Apenas habia llegado dió audiencia á las personas influyentes del canton, y se hizo conocer de los paisanos, que la recibieron con entusiasmo. Estas continuas escursionesse prolongaron hasta el 21 de mayo: desde este dia hasta el mes siguiente, Madama permaneció en el

pueblo de Legé. En la pequeña casa que habitaba estuvo mas de una vez espuesta á ser descubierta. Las columnas movibles que surcaban el pais, pasaban á cada momento por delante de su asilo. La princesa habia tenido muchas conversaciones con los capitanes de las parroquias, y este movimiento no acostumbrado en aquellas comarcas, ordinariamente tan pacíficas, habia dado sospechas á la autoridad. Una sola palabra podia perder á María Carolina, pero esta palabra no se pronunció: en otra parte hubiera sido imprudente confiar este secreto á una sola persona; aquí una provincia entera le guardó.

En este mismo pueblo de Legé recibió Madama á muchos realistas influyentes, y entre otros á M. Berryer, á quien se puede nombrar aquí sin separarse de la discrecion que impone la proximidad de la época, y los graves sucesos que á ella se refieren. En el interrogatorio que sufrió, M. Berryer fué el primero en convenir en su conversacion con S. A. R. Habia sido llamado á Vendée para un negocio que debia defender en la primera quincena de junio, ante el tribunal de Vannes, y pensó aprovechar esta ocasion natural de hacer un viage al Oeste, para llegar á encontrar á la duquesa de Berry. Como lo dice él mismo en su interrogatorio, habia tenido en París conferencias politicas con muchos personajes tan altamente colocados en la opinion legitimista por su carácter y lealtad, como por sus talentos, y el resultado de estas conferencias habia sido una profunda conviccion de que era necesario empeñar á la princesa á dejar la Francia, y á renunciar á su proyecto de emprender la guerra interior. La misma accion que habia ejercido su influencia en la Vendée, iba pues, como ya se ha dicho, á tratar de alcanzar hasta la misma María Carolina.

La elocuencia de M. Berryer hacia su nombre demasiado popular, sobre todo en aquellas provincias, para que no le fuese fácil obtener acceso á la presencia de Madama. No necesitó mas que darse á conocer, y encontró abiertos todos los caminos. Aquella correría al través del Bosque, tuvo un caracter de misterio y de solemnidad, que hirió vivamente el espíritu del ilustre orador. La prudencia de los realistas vendeanos rodeaba á Maria Carolina de precauciones que ella misma ignoraba. El camino que conducia hasta su retiro se dividia en jornadas; en cada una era necesario responder á una palabra de orden: La vigilancia estaba naturalmente organizada, y ejercida por la poblacion entera. Cuando pasaba un destacamento, los paisanos cuyas cabañas estaban inmediatas al camino, seguian con la vista la direccion que tomaba, y salian en seguida por una puerta accesoria para ir á advertir á los gefes realistas de la aproximacion de la tropa de linea.

M. de Berryer se habia puesto en camino á una hora bastante avanzada del dia, y antes de llegar á á la primera jornada le habia sorprendido la noche. Caminaba silenciosamente conducido por un vendeano, y precedidos ambos de un guia que no hablaba palabra. Despues de dos horas de marcha al través de los bosques, el guia se detuvo delante de una casa y se contentó con presentarse en el umbral de la puerta y decir: «He aqui una persona que es necesario conducir.» Un momento despues habia desaparecido. Fué necesario que M. Berryer mostrase de nuevo sus papeles y se nombrase segunda vez. Entonces volvió á ponerse en camino con tres guias: el primero marchaba á su lado, otro á distancia de cien pasos delante, y el tercero á igual distancia detrás. En aquella época era imposible viajar en

Vendeó, sin guardarse militarmente. La tropa batia continuamente los caminos, y se estaba espuesto á cada instante á tropezar con las numerosas patrullas que surcaban el pais.

Una sola vez, sin embargo, hubo que detenerse; el grito que habia hecho oír el primer guia no habia recibido respuesta; era señal de que algun obstáculo ó algun peligro se oponia á la prosecucion de la marcha de los viajeros. Los tres guias reunidos á M. Berryer hicieron entrar sus caballos en una de aquellas grutas sombrías que la naturaleza parece haber dispuesto en Vendeé para servir de asilo ó emboscada. El instinto militar de los vendeanos no les habia engañado: era una patrulla. Cuando el ruido monótono y regular que hace una tropa marchando, se oyó bien á lo lejos, se continuó avanzando, y á poco tiempo se llegó á un bosquecillo á cuyo extremo se estendia una profunda laguna. Estas eran las fortificaciones naturales de la alquerfa que habitaba Madama.

Al llegar á la puerta, fué necesario responder con la palabra de orden á la pregunta que una voz hizo oír desde el interior de la casa. Una muger anciana vino á abrir, acompañada, ó mas bien, escoltada por un jóven de alta estatura y de una complexion atlética, armado de un largo palo con un chuzo. Sabido es que con esta arma terrible, los Vendeanos del año 93 ganaron sus primeros triunfos, y se apoderaron de los cañones republicanos para volverlos contra la república.

M. Berryer fué introducido en una sala baja, alumbrada por una de aquellas hachas de resina, de que se sirven en Vendeé, y se fué á anunciar su llegada á la princesa. No habia transcurrido un cuarto de hora cuando subia los desiguales peldaños de una

LIBRERIA ALFONSINA
U. A. N. E. I.

escalera rústica, apoyada contra la pared exterior de la casa, y que conducía á una especie de choza situada en el piso superior. Esta era la habitación de S. A. R. la duquesa de Berry.

El mueblage correspondía en un todo á el aposento: unas tablas de madera blanca eran la cama; una silla, una mesa cubierta de papeles, sobre la cual se distinguían dos pares de pistolas, componían el resto del adorno. La princesa tenía en la cabeza una de aquellas cofias de lana que son de uso habitual entre las mugeres del país: se había echado vestida sobre la cama, y una manta de cuadros verdes y encarnados la cubría.

Ya se sabe cuál era la opinion de M. Berryer sobre el armamento de la Vendée. Le desaprobaba, y había venido á esponer á Madama su consejo de conciencia sobre este objeto, y el de muchos hombres eminentes, tanto por su posicion como por sus luces. Enumeró todas las razones que podían ser capaces de decidir á S. A. R. á dejar la Francia, con aquella fuerza de persuasion de que es tan difícil poderse evadir. Pero María Carolina no era fácil de convencer: á todos los argumentos encontraba respuestas, y la vivacidad de sus réplicas admiró mas de una vez á su interlocutor, tan poderoso en el arte de la palabra. Era, á la verdad, una escena estraña, una escena tal, que nuestro siglo parece solo destinado á producir, la que se representaba en la humilde y estrecha habitación de una pequeña alquería vendeana, en la que, á una hora avanzada de la noche, una cuestión cuyas consecuencias podían ser inmensas, se trataba entre el primer orador de nuestras asambleas políticas, y una princesa que, pareciendo adivinar por perspicacia lo que no sabía por esperiencia, elevaba, como se ha dicho, su inteligencia á la altura de to-

dos los objetos, como su valor al nivel de todos los peligros.

A las tres de la mañana duraba aun esta conferencia: María Carolina en aquella larga lucha en que estaba sola, para defender su convicción contra un hombre cuya palabra es tan persuasiva, su espíritu tan fecundo y su talento de discusion tan prodigioso, había disputado el terreno palmo á palmo. En el curso de esta conversacion fué cuando pronunció estas palabras que merecen ser conservadas por la historia: «Yo he venido aquí, porque quiero que mi hijo lo deba todo al interior y nada al exterior; ya lo veis, M. Berryer; si es necesario que él compre el trono de Francia por la cesion de una provincia, de una ciudad, de una fortaleza, de una casa, de una cabaña como en la que me hallo, yo os doy mi palabra como regenta y como madre, de que jamás será rey.»

Cuando M. Berryer dejó á la duquesa de Berry, esta estaba cansada de discutir, sin quedar convencida: tomó el resto de la noche para reflexionar, y le dijo que en el día siguiente recibiría su respuesta en Nantes. Al siguiente día, en efecto, declaró que su partido no estaba exhausto de recursos, que la retirada sería vergonzosa y que queria correr la suerte de las armas. Este era el sentido de la carta que escribió á M. Berryer, añadiendo que había ligado demasiados intereses á los suyos, y comprometido demasiadas existencias con su aparicion en la Vendée, para substraerse sola á las consecuencias de una tentativa que recaería sobre las cabezas de sus amigos: que así, compartiría hasta el fin la suerte de los que todo lo habían arrostrado á su vez, y que ya una vez en Francia, estaba resuelta á no salir de ella.

María Carolina escribió á los principales gefes

del Oeste dándoles parte de esta determinacion. Madama tomaba algunas veces el nombre de Pedro, y llevaba los vestidos de un joven vendeano para eludir las activas pesquisas dirigidas contra su persona. Por medio de este sencillo billete advirtió á los gefes realistas: «Perico no abandonará á sus amigos. «Uno de ellos la contestó con igual laconismo: «Perico es un buen muchacho; sus amigos le probarán que son dignos del él.»

El mismo dia dirigia esta carta al gefe superior de su empresa (1).

«Habiendo tomado la firme resolucioñ de no dejar las provincias del Oeste, y de confiarme á su fidelidad, tan constantemente probada, cuento con vos á fin de tomar todas las medidas necesarias para el armamento que se efectuará en la noche del 3 al 4 de junio. Yo llamo á mí á todos los hombre de valor. Dios nos ayudará á salvar nuestra patria; ninguna fatiga; ningun peligro serán capaces de desalentarme. La primera reunion me encontrará en su seno. — *Maria Carolina, regenta de Francia* — *Vendeá 25 de mayo de 1832.*

De este modo quedó decidido que el armamento se llevaria á efecto, pero no podia ya verificarse en el dia que se habia señalado. Era posible que la gestioñ que se habia hecho con Madama para decidirla á renunciar á la tentativa de la guerra interior, tuviese éxito: el gefe militar que tenia la direccioñ superior del movimiento, dirigió, pues, una contraorden á los capitanes de las parroquias, en la que les prevenia suspendiesen por algunos dias la explosioñ, continuando sin embargo sus preparativos. El motivo

(1) Cogida en la Chaslere.

que habia dictado esta medida es fácil de comprender. El 24 de mayo estaba muy próximo, y si S. A. R. salia, de su conferencia con M. Berryer, convenida de que debia dejar la Francia, acaso faltaria tiempo para hacer llegar un avisó á las parroquias distantes, esponiéndose así á ser destrozadas.

Las consecuencias políticas de esta medida que era difícil evitar, fueron incalculables. Los que conocen el precio del tiempo en semejantes empresas, y la necesidad de unidat y de concierto, no se sorprenderán de ellas. Vá á verse una parte de estas consecuencias en la carta de un gefe vendeano, cogida en aquella época con otros papeles, y publicada en dos periódicos de entonces. «Yo persisto, se dice en ella, en mirar esta contraorden como una desgracia. Por todas partes cogíamos á los liberales de improviso, y nuestros hombres estaban llenos del mayor ardor. Ahora su ardor y su confianza han disminuido. Yo nada podria hacer sin ser prevenido con tres ó cuatro dias de anticipacion. Tenia todá mi gente bajo mi mano; estos valientes me obedecian como un regimiento. Ahora temen ser engañados. Los oficiales que quieren servir á mis órdenes me encargan espresamente manifestar que ellos están prontos á obedecer, y que sienten con el dolor mas vivo que se haya perdido una ocasion en la apariencia tan favorable.»

Los resultados políticos de la dilacion del 24 de mayo al 4 de junio, están indicados de una manera bien completa en esta carta. La contraorden debilita el ardor de los vendeanos, y les impide tener confianza en una sublevacion cuyo éxito parece equívoco á los mismos que la ordenan; cuando vacilan en el momento de principiar. El gobierno, que hubie-
ra sido sorprendido, estaba ya en adelante prevenido. Asi pues, se atacará con menos fuerzas y menos

conjunto á un enemigo mejor preparado. En resumen, los medios se habian disminuido, y se habian aumentado los obstáculos.

El tiempo que los vendeanos perdian, el gobierno le aprovechó. Desde el 25 de mayo al 4 de junio, es decir, el dia en que debia estallar la sublevacion, las autoridades militares desplegaron una actividad considerable. El acontecimiento que se preparaba se habia traslucido, y advertido de ello el ministerio, tuvo tiempo suficiente para tomar sus medidas. La órden de concentrar todos los destacamentos diseminados sobre todos los puntos del Oeste, se comunicó á la Vendée, y varias instrucciones del duque de Dalmacia; entonces ministro de la guerra, señalaron á los comandantes militares de aquellos departamentos la marcha que tenian que seguir. Algunas parroquias que se habian levantado á pesar de la contraórden, ó porque no la habian recibido, fueron vencidas. Al mismo tiempo las columnas movibles, dirigidas por el general Dermoncourt con una rara destreza; recorrian el pais, registraban los castillos, y ejecutaban no solamente prisiones importantes, sino tambien descubrimientos de papeles que entregaban al gobierno el conocimiento de todos los planes desus adversarios.

El mas importante de estos descubrimientos fué el que se hizo en el castillo de La Chaslere, que pertenecia á M. Laubepin. Encontráronse allí muchas botellas llenas de papeles, y eran cartas, notas, billetes en cifras; en fin, toda la correspondencia de S. A. R. la duquesa de Berry, con los principales gefes de la sublevacion. El conjunto de estos papeles componia lo que se habría podida llamar el plan del armamento de la Vendée en 1832.

Asi se cambiaban los papeles. El gobierno del 9

de agosto sorprendia en lugar de ser sorprendido, y atacaba en vez de tener que defenderse. Los realistas del Oeste en el principio mismo de sus operaciones, iban á encontrarse sobre la defensiva, la peor de todas las situaciones en una revolucion, de la especie de la que se iba á intentar. El buen éxito de ella pasaba con la ofensiva al gobierno del 9 de agosto.

